

- Relato de una emigrante



Azucena Martínez Ferrando y su familia

Voy a relatar cómo se desarrolló nuestro viaje a la Argentina.

Al finalizar la guerra, nos quedamos sólo mamá, mi hermana y yo, en Murcia, ya que mi padre por haber pertenecido a un sindicato, era perseguido y buscado para su fusilamiento, -de hecho lo hicieron con muchos compañeros y amigos suyos-, por lo que estuvo escondido por años en Barcelona hasta que pudo pasarse a Francia, con la ayuda de un hermano de mi madre. Este tío mío, conocía el Pirineo muy bien, ya que mi familia materna era aragonesa, de Blecua, un pueblo de la provincia de Huesca.

Hicieron el cruce de la montaña a pie y tardaron varios días. Se despidieron y fue así como llegó mi padre a Marsella, donde estuvo hasta que lo reclamó un hermano mayor que estaba radicado en Buenos Aires. Era 1948.

Ya llevaba tres años viviendo en Argentina, cuando recién pudo hacer el reclamo por nosotras.

Salimos del puerto de Barcelona un 18 de marzo de 1951.

Tardamos 28 días en llegar, pues el capitán del barco avisó que el que quería embarcar lo hiciera, pero que el barco iría a Italia a tomar pasaje. Así que estuvimos cuatro días en Génova y dos en Nápoles. Pasamos una tempestad muy violenta, por lo que el barco se vio obligado a anclar por dos días en las cercanías de la Isla de Cerdeña. Después que pasamos por el estrecho, rumbo a América, el viaje fue tranquilo.

Llegamos a Buenos Aires el 16 de abril. Yo tenía 14 años y mi hermana Lina dos años menos.

Mi primera impresión al llegar al puerto y luego de tomar un tren a Villa del Parque, fue la de que la gente era muy triste. De hecho le pregunté a mi papá y a mis primos: "¿Qué les pasa que nadie habla?". Algunos leían el diario, otros revistas; pero todos iban muy silenciosos. Esa fue mi primera observación, ya que yo recordaba lo divertido que eran los viajes en tren en España, donde todos hablaban con todos y por ahí alguien cantaba una que otra copla.

A los dos años de residir en la Capital, nos vinimos a San Pedro, a una finca distante 6 ó 7 kilómetros de Villa Dolores (provincia de Córdoba), a trabajar la tierra, plantar pimientos, cosechar papas y otros quehaceres rurales.

En cuanto a estudiar, no pudimos hacerlo: sólo cursamos hasta 6º grado. De todos modos, a mí me gustaba mucho la literatura, soy aficionada a escribir algo que se asemeja a la poesía, en donde puedo volcar un poco de mis nostalgias, recuerdos y sentimientos. Quisiera, si me permiten, entretejer algunos de esos textos en mi relato, pues son otra manera de narrar sobre la gente y los momentos que han ido formando mi historia. Cuando, hace un año, viajó a España una íntima amiga mía, que también había emigrado siendo niña, le escribí un poema de despedida, que trata de expresar, de algún modo, sentimientos y emociones agolpados:

A una gran amiga

Angelita:

Viajas a la tierra

que te vio nacer.

Extiende tus brazos,

Apriétala fuerte

Por los que no pudieron volver,

Por los que murieron soñando

Que lo iban a hacer

Y con su carga de nostalgia

Se fueron al Más allá.

¡Cuántas lágrimas vertidas!

¡Cuántos recuerdos al llegar!

Soñando con ser un pájaro

Para el Océano cruzar.

Pero el tiempo pasa

Y a esta tierra generosa

lograste amar.

Tu corazón se divide

Entre Argentina y España,
Siempre corazón partido
entre el aquí y el allá.

Hace unos años, cuando mi madre, María, cumplió 90 años, también puse en palabras un intento por describir a esa increíble mujer:

A mi madre en sus 90 años

*Hoy estamos reunidos
para festejar
los juveniles 90 años
de mamá.*

*Mucho es lo que ha pasado,
Todo lo pudo soportar,
Porque Dios no le da cruces
A quien no las puede cargar.
Con su temperamento aguerrido,
su picardía y su vitalidad,
es la envidia de la gente
al verla pasar.*

*Nada fue fácil en su vida,
Pero no se dobló;
ante las adversidades
se agigantó.
pero las penas pasaron
y la sonrisa volvió,
cuando los pequeños de la familia
la llaman: “abuela Memé, abuela Cocó”.*

El período de adaptación a mi nueva vida en este país me costó mucho, empezando por las comidas que no me gustaban y siguiendo por mi lenguaje: aquí se reían mucho con algunos términos que no entendían o significaban otra cosa; lo mismo me sucedía a mí con lo que la gente me decía. El primer mate que me dieron, lo soplé, llenando de yerba al que me lo había ofrecido. No se imaginan lo que llegábamos a correr cuando veíamos una vaca en el camino, pese a que nos decían: “Niñas, no corran que son mansitas”. Pero nos costó perderles el temor hasta que entendimos que no tenían nada que ver con los toros de lidia.

Al poco tiempo, me regalaron una yegua: aprendí a galopar y era feliz yendo al pueblo a hacer las compras. Los peones de la finca solían decir cuando me veían pasar: “Ahorita se hace pomada”. Por allí yo era la única chica que montaba. Me fascinaba hacerlo.

Pero debo confesar que fueron muchas noches las que pasé llorando, imaginando que estaba en la Huerta, en el pueblo, o en la feria de Murcia a la que solía llevarme un tío. Recuerdo la Catedral con su cadena de piedra, el malecón, el Hospital donde me operaron las amígdalas...todo quedó grabado en mi mente, y cuando me quiero evadir de la realidad de esta Argentina de hoy, a la que aprendí a amar y que tanto me duele..., me voy con la imaginación a recorrer mis orígenes y me imagino sentada a la orilla del río Segura. Es mi forma de escapar de este presente tan duro, que no merecen la mayoría de los argentinos ni los que por adopción vivimos aquí.

Y porque me duele tanto lo que está pasando, dejé correr las palabras y escribí:

Ay, que pena me da!

Ay, que pena me da

ver sufrir a tanta gente

sin poderla aliviar.

Ayúdame, Señor, a aceptar

Sin amarguras

lo que no puedo cambiar.

Dame, Señor, valor para transformar

aquello que en mí debe mejorar.

Yo siento tanta tristeza,

*por mí, y por los demás,
por este país que sufre...
¡ay, que pena me da!
ser tan insignificante
para poderlo cambiar*

Por supuesto mi historia está hilada con la de mis padres: María Ferrando Ferrer y Francisco Martínez Bermúdez. Ellos llegaron y lucharon aquí con la misma fuerza con que lo habían hecho allá. Mi padre, Paco, murió en 1979. Mi madre, María, nunca dejó de extrañarlo, pero se dedicó de lleno a ayudar y acompañar nietos y bisnietos.

Cuando ella murió, el 16 de enero de 1997, traté de escribir algo que expresara la esencia de su vida, tan llena de fuerza y amor, de una orilla a la otra del mar:

Hoy 16 de enero

*Hoy 16 de enero
es el día que elegí,
porque hace mucho que esperabas
y yo no podía ir.
¡Tenía tantas cosas que hacer!
y no las quería abandonar.
Pero hoy voy hacia ti,
para podértelas contar.
Y...¿sabes Paco?
La familia que dejaste
se agrandó,
y unos me llaman Memé
y otros abuela Cocó.
No te preocupes, que de nosotros
nunca se van a olvidar.*

*Lo que tú y yo sembramos
ahora lo vamos a disfrutar,
aquí en este paraíso
de eternidad.*

*Tú fuerza y la mía
vamos a juntar,
para que nos recuerden sin pena
y sí con felicidad.*

Yo dejé todo arreglado...

¡Ven, sentémonos a charlar!

Y aquí estoy. Mis hijos y mis nietos preguntan, quieren saber cómo ocurrió todo, cómo llegamos aquí, cómo se fue haciendo este camino que empezó en Murcia hace muchos años. Y este relato es también para ellos.

Azucena Martínez Ferrando